

REPLICA A LAS OBSERVACIONES CRITICAS DEL ACADEMICO FRIEDE (1)

Escribe: RAFAEL GOMEZ HOYOS, Pbro.

Los planteamientos que acaba de hacer el distinguido académico Juan Friede en torno a la concepción de la historia —de nuestra historia—, revisten una importancia extraordinaria, puesto que anuncia tenerlos en cuenta como guías en la preparación de la Historia de la Conquista, y pretende a la vez que la Academia los adopte oficialmente, abandonando su criterio tradicional.

La defensa de estas tesis y las críticas que formula a la historiografía colombiana y específicamente a nuestro Instituto, no pueden quedar sin comentarios, aunque sean breves. Sería ilógico —como él lo pretende— que los académicos nos limitáramos a debatir solamente las modestas conclusiones del informe, sin tocar para nada la sustancia y el meollo de los principios enunciados.

Para precisar más los conceptos y evitar las vaguedades a que puede conducir una discusión oral he querido fijar estas ideas por escrito, ciñéndome estrictamente a los temas expuestos.

Su visión spengleriana de la historia, “evolución biológica de la sociedad humana, continua renovación biológica de la sociedad, proceso biológico”, ya ha sido superada por el genio de Toynbee, para quien el crecimiento de una civilización no es biológico, y en cierto modo, fatal. El gran historiador inglés basa el proceso de desarrollo en la fuerza creadora del hombre, de los llamados “individuos creadores”, y las minorías creativas. En la desintegración de una cultura, tampoco son causas biológicas las que conducen a la decadencia, sino el fracaso del hombre, la frustración del

(1) A fines de 1962 el académico don Juan Friede hizo ante la Academia Colombiana de Historia una serie de planteamientos y de críticas sobre la manera de escribir la historia en Colombia. Habida consideración de la trascendencia del tema, yo me apresuré a presentar mis objeciones. Después de varias intervenciones, la Academia acogió y aprobó por unanimidad mi informe, atenuando un poco la parte final y evitando dar publicidad al debate, a petición del mismo señor Friede, *pro bono pacis*. Pero como el breve artículo aparecido en el Boletín Bibliográfico (Vol. VII, Nº 2, p. 221) bajo el título “La Investigación histórica en Colombia” contiene, en sustancia, un resumen de algunas de las tesis expuestas en la corporación, me ha parecido conveniente publicar mi réplica, tal como fue redactada, discutida y aprobada en la Academia. R. G. H.

material humano. La determinación biológica de Spengler no es, pues, la que hace nacer y morir las civilizaciones, sino el propio sujeto de la historia, el hombre. La acción humana es la que rige la historia.

¿En qué medida es el hombre hacedor de la historia? Individual o colectivamente? Tiene razón Friede al señalar las diversas escuelas, aunque no sean tan radicalmente opuestas y polarizadas al redor del individuo (Carlyle, Max Scheller) o de la masa. Porque tanto Toynbee como Ortega y Gasset y muchos historiadores modernos de renombre, se inclinan a un término medio: el valor de las minorías selectas. Una nación —escribía ya en 1930 el filósofo español— es una masa humana organizada, estructurada por una minoría de individuos selectos. Y cuando la masa en un momento dado, “se niega a ser masa, esto es, a seguir a la minoría directora, la nación se deshace, la sociedad se desmiembra y sobreviene el caos social, la invertebración histórica”. Para Ortega, precisamente, el siglo XIX fomentó este fenómeno de descomposición, iniciando el predominio del hombre-masa, de que nos habla Friede.

Está bien que el historiador enfoque los fenómenos humanos en toda su amplitud. Que estudie la masa del pueblo, y los protagonistas que surgen del seno de la sociedad: guías que llevan tras de sí los pueblos, o agentes que las masas impulsan, o mediums que actúan para encarnar una voluntad y un espíritu colectivo. Pero sería reducir el campo visual de la historia, mutilarla, deformarla, si, como lo afirma Friede, le diéramos “el carácter esencialmente socio-económico”, y si se dirigiera “ante todo a las investigaciones de los aspectos sociales de la vida de los pueblos en épocas determinadas”. Porque la historia, como bien la ha definido Rikert, es la ciencia cultural por excelencia, pues todos los valores culturales son históricos, en mayor o menor proporción según las características de la época: los éticos y religiosos, los políticos, los económicos y los estéticos. Taine apuntaba con acertado juicio que “en la historia se mezclan aventuras bufonescas, sucesos de cocina, escenas de carnicería y manicomio, comedias, frases, odas, dramas tragedias”. Todo lo que constituye el fluir de la vida humana.

El hecho innegable de que el factor económico y el hombre medio, el hombre común, hayan adquirido en nuestros tiempos una notoria preponderancia, no autoriza a mirar el pasado histórico bajo este solo prisma y con este criterio esencial y casi excluyente. Esto sí equivaldría a un anacronismo y constituiría un prejuicio que oscurece el enfoque total de la realidad histórica. El resultado de tal actitud —en caso de ser asumida por la Academia—, sería la aparición ya no bajo la personal responsabilidad de los autores sino con el compromiso de la corporación, de obras como las que últimamente han aparecido, para desconcierto y sorpresa —por decir lo menos— de la opinión pública colombiana.

Por lo demás, estas personalidades eximias que actúan sobre la sociedad y la transforman, que no son meros acróbatas en el desenvolvimiento colectivo, se imponen a los mismos que preconizan la necesidad de la socialización de la historia y que querrían convertirla en simple sociología de determinada tendencia. Acaso el mismo académico Friede no se dejó arrastrar por la voz de la sirena al exaltar la figura y la obra del

licenciado Jiménez de Quesada, defendiéndolo de los cargos que le hicieron algunos de sus contemporáneos y que fueron acogidos por escritores recientes?

Fuera de rechazar la *historia heroica*, Friede vuelve sus lanzas contra la *historia interpretativa*, relegándola si acaso a la filosofía de la historia, pero negándole su calidad de disciplina histórica. Aquí se tocan las relaciones necesarias entre historia, ciencia y ficción, ya expuestas por Aristóteles. Toynbee acepta la teoría del Estagirita y agrega: "La simple selección arreglo y presentación de los hechos, tiene de técnica, de ficción y de opinión popular, de tal manera que podemos sostener que no hay historiador eminente que no esté doblado de gran artista. Los Gibbon y los Macaulay son más grandes historiadores que los austeros sabios que han evitado las inexactitudes de sus cofrades más inspirados".

Ello se explica ahondando en la naturaleza y el carácter de la historia que además de ciencia es también, y en forma muy principal, arte, sin el cual es imposible dar vida a un pasado muerto. La bien cortada pluma de Menéndez y Pelayo —maestro de la historiografía moderna— nos convence de esta verdad:

"La naturaleza reparte desigualmente sus dones: a unos da el genio filosófico y la penetración intuitiva de las grandes leyes de la evolución humana; a otros el talento literario, la magia de estilo, la adivinación semipoética, el poder de resucitar las generaciones extinguidas y de interrogar a los muertos, leyendo en sus almas sus más recónditos pensamientos y haciéndoles moverse de nuevo con los mismos afectos que los impulsaron en vida. A otros, finalmente, negó estas dos facultades tan grandes como peligrosas, y ni les dio poder de síntesis ni poder de estilo, pero sí diligencia incansable, amor a la verdad por sí misma, celo de propagarla y difundirla, perseverancia modesta en la indagación de cada detalle, espíritu curioso y ordenado que desentierra y reúne los materiales de la historia futura.

De estas tres naturalezas tiene que participar en mayor o menor grado todo historiador perfecto, y por eso nada hay tan raro y difícil como su hallazgo, y a veces se necesita la labor de un siglo para preparar su aparición... Investigadores históricos puede y debe haber siempre en una nación; grandes historiadores los habrá cuando Dios sea servido de concedérselos. Pero en aquello que la previsión humana puede alcanzar, es claro que el único medio de acelerar la aparición del genio de la Historia, y de aguardar con más paciencia su venida, será irle preparando y desbastando los materiales de su obra, y darle así allanada la mitad de su camino".

No debemos olvidar, en efecto, que en los documentos de archivos falta el alma de la historia. Los hechos están petrificados. Son esqueletos de un pretérito muerto, y no es quien los descubre, generalmente, el que está llamado a reanimarlos con la vara mágica de su imaginación y de su estilo. No es siempre el erudito el destinado a embellecer los descarnados relatos, poniéndoles manchas de color, toques de luz. No es el coleccionador de esqueletos de hojas el elegido para dar la visión y el sentimiento de la selva brava y de la montaña arisca. Las plantas disecadas de un herbario

son el incomparable testimonio de la clasificación botánica, pero no son el instrumento que haga sentir el murmullo de la brisa o el retronar de la tempestad en la espesura.

Por todo esto se ve la necesidad imprescindible, si se quiere hacer fina historia, de acudir a la interpretación, inclusive cuando se tiene a la mano el documento. Tan cierto es ello, que el mismo investigador Friede estampa estos sensatos juicios en el prólogo del libro "Descubrimiento del Nuevo Reino de Granada y Fundación de Bogotá":

"Un documento está ligado indisolublemente a las circunstancias en que se produjo, a la época y al lugar... Su correcta interpretación solo es posible si se tienen en cuenta las condiciones circunstanciales que lo rodean, la personalidad de los actores y el carácter de la acción que relata...".

La necesidad de la historia interpretativa es también proclamada por Enrique de Michelis en su famosa obra "El problema de las ciencias históricas": "Los documentos no son casi otra cosa que huellas exteriores y más o menos accidentales del contenido efectivo de la historia a que ellos se refieren: es, pues, necesario saber cómo sacarles provecho, saber descubrir en ellos toda la suma de realidad que representan; y aquí se precisa toda otra serie de premisas, mucho más importantes con respecto a las conclusiones, y que están esencialmente constituidas por aquello que el historiador conoce o piensa acerca de la naturaleza general de los fenómenos que estudia la historia. Así sucede que los mismos documentos dicen cosas muy diferentes al historiador que tiene cultura puramente literaria y al que tiene cultura jurídica, económica, sociológica: un acto estadístico, que para el primero no es más que un número, puede revelar al segundo toda una particular situación social de una ciudad o de un estado; la descripción de un especial procedimiento penal, que para uno no es más que una curiosidad erudita, puede ser para otro un relámpago que lo ponga en camino de reconstruir todo un estado típico de la evolución jurídica de un pueblo".

¿Qué valor, en efecto, puede tener una historia que es una suma árida de hechos, ordenados y explicados quizás con minucia, con lógica, hasta con inteligencia, pero desprovistos de calor humano?

Pierre Bacombe, en "La Historia considerada como ciencia", expone idéntico criterio. Para él la erudición y la historia son dos momentos distintos de una misma obra. Sin erudición no hay historia, pero sin la historia final, la erudición se asemeja a un edificio inconcluso, al que le falta lo que lo justifica, la posibilidad de ser habitable. La erudición presenta el dato en forma neutra y fría, pero el artista le presta calor y vida. Solo así se escribe la historia que merezca el nombre de tal. Y agrega: "No solamente la erudición sin historia artística sería una cosa harto vana, sino que puede llegar a ser un peligro para el espíritu humano".

Refutadas así las teorías en que nuestro colega quiere basar sus críticas a la historiografía colombiana producida o propiciada por la Academia, aparece que nuestro instituto no ha andado tan desorientado ni en tan malas compañías en sus indagaciones por los campos del pasado colombiano.

¿Cuáles son las “lamentables consecuencias que están a la vista”, derivadas del cultivo de la historia heroica e interpretativa? No las dice, y solo se reduce a apuntar la falta de una obra de conjunto sobre la independencia en sus aspectos social, económico y político. Ello se debe a la complejidad del problema, pues la independencia americana, al igual que la conquista y la colonización, es un fenómeno de proporciones tan bastas, en el cual se conjugan tantos valores, que ni España, ni los diversos países hispanoamericanos, han podido acercarse a un sistema comprensivo y total. Venezuela, por ejemplo, a pesar de tener un brillante equipo de escritores, sostenidos espléndidamente por el Estado, apenas ha logrado aportar materiales para ese estudio. Ya aparecerá, dentro de brevísimos días, una obra que quizás se acerque a esas aspiraciones, aunque seguramente no esté inspirada por los principios preconizados por el investigador y académico Friede.

Mientras tanto, seguiremos aportando con patriótico entusiasmo los materiales para la construcción de ese edificio que nunca termina y llevando los afluentes a ese río que nunca cesa de pasar de la historia, en espera paciente de aquel genio que al decir del polígrafo español ya citado Dios le ha de conceder a Colombia. Este esfuerzo humilde de mantener el contacto vivo del espíritu con un pasado auténtico y preñado de consecuencias, recibe clara alabanza de Buizinga para quien el mero hecho de pulir aunque solo sea una faceta entre miles y millones de ellas, sirve inmensamente a la ciencia histórica de su tiempo.

No rinde, ciertamente, el académico Friede, tributo a la justicia ni a la gallardía, cuando afirma que nuestros historiadores, con el criterio simplista de los niños que asisten a películas de vaqueros, dividen a los protagonistas “en buenos o malos”, o atribuyen las diferencias entre federalistas y centralistas, entre Nariño y Torres, entre Bolívar y Santander, al mero juego de las pasiones individuales. Al leer a Friede, se tiene la impresión de que los cultivadores de nuestra historia no han superado la etapa mítica para formarse una conciencia histórica, y que han tratado temas y personajes con la alegre imaginación y el desenfado irresponsable propios de los pueblos primitivos.

Las críticas a los historiadores de Los Comuneros, por ejemplo, caen por su base, si se lee la erudita obra de nuestro colega Cárdenas Acosta “El Movimiento comunal de 1781”, escrita con documentos completísimos de primera mano y otra cosa habría dicho si el severo impugnador se hubiera tomado el trabajo de repasar el libro del mismo autor titulado “Del Vasallaje a la insurrección de los Comuneros”, en el cual se exponen en forma por demás satisfactoria, el sistema tributario español como causa inmediata del levantamiento comunero.

Las modestas recomendaciones con que termina el informe de Friede, tras de una aparatosa movilización de tesis revolucionarias, se reducen a la difusión de los conocimientos históricos en el pueblo, mediante ediciones populares, tema que se ha discutido aquí ampliamente, llegándose a la conclusión de que dicha labor es más propia de los institutos docentes, de escritores particulares y del Ministerio de Educación; al fomento de la historia mediante concursos, lo cual se ha llevado a cabo con discutibles

resultados, y a la edición de series documentales, empresa en que todos estamos empeñados, pero de la cual no debe depender la redacción de la Historia Extensa de Colombia, pues si así fuera, esta se quedaría por muchos años en teóricos proyectos. Los demás temas —desarrollo de estas ideas básicas— son plausibles, aunque al ser llevados a planos de prioridad podrían discutirse.

Finalmente, y como la mejor defensa del criterio amplio, liberal y científico con que la Academia ha emprendido la publicación de la Historia Extensa, me permito terminar con la lectura de las siguientes reglas, aprobadas por unanimidad en las sesiones de 1959:

Todos los temas deberán tratarse con prescindencia de prejuicios, principalmente de carácter político y personal... La imparcialidad se desvirtúa no solamente faltando a la verdad histórica, sino presentando los hechos tendenciosamente, comentándolos con criterio preconcebido en determinado sentido o incurriendo en omisión”.

Sería conveniente que el debate terminara con una proposición en la cual la Academia, reafirmando su criterio tradicional, rechace los principios expuestos por el académico Friede, y manifieste por lo menos su extrañeza ante los ataques injustificados de que ha sido objeto por parte de uno de sus miembros de número.

Bogotá, noviembre 27 de 1962.